

y el perfume encadenado de las rosas silvestres.
Los soldados, pueblo y más pueblo
de encendidas palomas,
tenían los ojos enrojecidos y violentos
y la voz aguardentosa como pasta de hierro;
el campo era un barrizal de estrellas congeladas
y la luna una calavera de caballo, sonriente y amarilla.

Los hombres, con sus greñas tiesas de mugre,
se arrebujaban en las cobijas macilentas de la noche
y nadie dijo esta boca es mía, ni una queja ni nada,
pero una densa humareda de insultos y de puños
se levantó en los escondrijos de la sangre:
coral golpeado por amargos martillos;
y el delicado vómito cortando por una aleta de tiburón
tenía el ojo verde del mar y sus constelaciones.

En el cielo se oían las ametralladoras
tamborileando en las ramas de los sauces,
caballos herrados con espumas metálicas
y la lejana música de los burdeles de Managua.

Un teléfono estuvo llamando toda la noche
sin respuesta, lo mismo que vena rota desangrándose
en la oscuridad...

Ese fue el febrero más perro
de todas las Segovias nicaragüenses.

UNA LUZ EN LAS SEGOVIAS

El ángel medía exactamente
la dimensión de Centroamérica

y las plumas de sus alas
quedaron repartidas en el pueblo
como reliquias vivas.

Los mineros las llevan aún colgadas
al cuello cuando descienden a los
laberintos geológicos del fuego:

Sandino fue minero.

Los pescadores santiguan con ellas
el pan y las depositan como
llama de amor entre las sombras bíblicas:

Sandino fue marino.

Los mecánicos las utilizan para
ajustar la mira (pólvora y nieve)
de las pistolas y las carabinas:

Sandino fue mecánico.

Los soldados las depositan junto
al retrato en flor del avellano,
de la madre manteles y de la novia amada:

Sandino fue soldado.

Los cadáveres están envueltos
en ese fino sudario de laurel
y de sangre derramada y partida:

Sandino fue cadáver.

Los macheteros del sur están bajo la tierra,
los rifleros del norte están bajo la tierra,
los campesinos de perlas están bajo la tierra,
atlánticos obreros del cobre están bajo la tierra.

De la Curva Sandina, en matemáticas,
se desprenden bandadas de caballos salvajes.
Canta un campamento de héroes en la noche

bajo un rebaño de estrellas macilentas,
la sombra de Sandino les reparte
pan de paz y cobijas,
pero en cada casquillo de palabras
hay capullos de muerte y semillas de vida.

Todos toman café sin azúcar y fuman lentamente,
piensan en el día de mañana, y uno a otro se dicen
que el día de mañana debe estar en alguna parte.
Mientras cae la leve calavera del llanto
y el rocío abre las rosas nuevas,
ellos remueven los rescoldos del carbón
y platican de sus cosas lejanas.

Pero todos reciben el pan y la consigna:

¡Patria y Libertad!

En el Cerro del Chipote hay estrellas
y en las Segovias brilla una luz
como una lámpara votiva.

Crónica de la muerte de un farsante

CRÓNICA DE LA MUERTE DE UN FARSANTE

The righ languague for thirst and fear

T. S. Eliot

EN LA PARRILLA de su automóvil traía
al descomunal venado: de un certero tiro
de escopeta le llenó el corazón de perdigones
y un hilillo de sangre le escurría
por la cornamenta arbolada.
Venía a más de 120 kilómetros
por una carretera mojada de nevasca
cruzando los bosques de Wisconsin.
En medio de su estupor alcohólico — dijo —:
«Jean y yo tenemos el dinero suficiente
para fundar una pequeña ganadería en Arizona;
quizá abra un despacho de asuntos legales
para amigos y vecinos».
El 28 de abril de 1957 lo internaron
en el Hospital Naval de Bethesda
con diagnóstico de neuritis periférica.
Cuatro días después, el 2 de mayo
respiraba por última vez.
Muy a tiempo para el noticiero de las siete:
para descubrir espías,
soltar invectivas contra Sherman Adams
o prevenir al presidente Eisenhower
sobre futuras catástrofes internacionales.
Resultaba totalmente inverosímil,

UNIVERSITARIA
"RAUL RANGEL FRIAS"
U.A.N.L.

pero apenas el pasado 9 de noviembre (escorpión en su veneno) había cumplido la misma edad en que murió Tomás de Aquino, quién lo creyera.

Al confrontar su acta de nacimiento en Grand Chute, Wisconsin, resultó que en realidad Joseph Raymond había cumplido 48 años el 14 de noviembre. El guerrero caído fue el primer senador que tuvo funeral oficial en la Cámara: el ataúd cubierto con la bandera de las barras y las estrellas fue llevado en avión hasta Green Bay (donde ese día jugaban los Empacadores): allí lo esperaba, lloroso, un fracasado ex actor hollywoodense, Ronald Reagan, que hizo sobre su cadáver solemne juramento. Tuvo funerales católicos el día 7 en la Iglesia de St. Mary, en Appleton, y su cuerpo descansó en una agreste colina que da al río Fox.

Murió de cirrosis hepática; en la cirrosis — como es bien sabido — el hígado se convierte en algo así como una bolsa de aserrín mojado. Su prestigio de comediante eximio creó la palabra *macartismo*, imprecisa y odiosa, pero con el lustre de la persecución y la censura, algo así como *La letra escarlata* de Nathaniel Hawthorne o las *Brujas de Salem* de Henry Miller.

Aristófanes dijo que las cualidades de un demagogo son: ser mal intencionado, indigno, innoble y abyecto.

MacCarthy fue el más grande demagogo americano. Era un perro de presa, un amo escabroso y escatológico que blandía su maza de guerrero medieval sobre las asustadas cabezas de la clase media: esa fue su virtud y su fuerza. Presumía de que un indio trampero de los bosques del norte, llamado el indio Charlie, le había enseñado el golpe a los bajos (nada duele más que un golpe a la cartera y a los testículos). McCarthy inventó la mentira múltiple (y bien que lo supo el calumniado Charlie Chaplin que hubo de cambiar de ciudadanía), tan perfectas eran las ruedecillas de su engranaje que la razón se agota queriendo descubrir sus trucos. Fue, en suma, el creador de la *Suma teológica* de los no-hechos que delatan al hombre y lo llevan hasta las húmedas mazmorras del infortunio: documentos secretos que no dicen nada sobre nadie, pero que se erigen en el cadalso transparente de los ajusticiados: de aquellas cartas confidenciales nació — aborto homocigótico — Watergeit: la piedra clave en el arco de todas las conspiraciones futuras.

— Fíjese en esta carta, es la pieza faltante en el rompecabezas. Y uno podía maldecirse por no ver nada en la bola de vidrio que sopesaba en sus manos de sangre politizada y lenta por el alcohol: era un mago. Un aire de osadía lo arropaba como a un diplomático de la moral republicana: Aristarco del *Security Program*, a él no lo ataba

ninguna versión de lo inflexible.
En política, todo el mundo lo sabe,
se permite dar falsas versiones de un hecho,
pero sólo a condición
de que haya un hecho que falsear;
MaCarthy desconocía este principio, no había límites
para su audacia. Cuando él quería
que se creyera que el senador Tydings simpatizaba
con los comunistas, le bastaba afirmarlo
frente a la cara del propio Tydings,
que acababa creyéndolo. Así era McCarthy,
un revolucionario de la podredumbre,
un genio del subjetivismo bastardo. Él improvisaba
discursos probatorios sobre los derechos civiles
con una simple fotografía de Zsa Zsa Gabor
en la mano y, por supuesto,
fue un maestro de la estrategia
americana; conocía a la perfección
la textura de la propaganda. Dijo, en su famoso discurso
de Wheeling, West Virginia, que había 205 comunistas
en el Departamento de Estado; después dijo que
en realidad eran 81 y luego quedó en 57.
(Él tenía la lista completa en su cartera)
¿Qué diferencia hacía con que fuera uno solo?
Sólo McCarthy era capaz de agitar
ante las narices anósmicas de su patria
un pedazo de papel higiénico que bien podía ser
un boleto de estacionamiento o una nota de lavandería
y decirle al mundo que allí estaba escrito el nombre
del Comunista Número Uno de los Estados Unidos.
El propósito del acto era la posibilidad de su existencia.
Fue un escolástico intuitivo y venatorio.

La prensa tenía sencillamente que enloquecer.
De repente McCarthy se adelantó en la tormenta,
dejó de luchar contra sus fantasmas nominales
y se internó en el bosque para matar a un reno
de enorme cornamenta. Casi siempre su histeria
era un ritmo, y aquel príncipe del odio,
que dignificaba la farsa con su voz destemplada
se hundió tibiamente, chapoteando en el lodo;
frescas oleadas de veneno le inflaban los labios.
A un hombre que había calumniado, traicionado
e infamado le dijo muchos meses después:
«Jeanie preguntó la otra noche por ti,
nunca vienes a verme, ¿por qué?»
¡Qué tiempos aquellos! pensaba Ron,
oyendo las mentiras que difundía la radio
y viendo cómo caían las lágrimas de Jean en el martini,
como aceitunas negras ahogadas
en el pequeño lago de ginebra.
Después harían de todo aquello una película.
El fenómeno irracional del amor, alianza de dos seres
contra el mundo —*folie à deux*— se da
(consultar a Chagall en el Museo de Arte Moderno) aún
en la selva más tupida de brocados de un burdel
underground o en el severo recinto de roble neoclásico
del Congressional Investigating Committee.
La noche que McCarthy murió — un periodista —:
San Jorge con su máquina de escribir, tecleaba tonterías.
McCarthy era un cínico irresistible: un filósofo perro
que murió inoculado por su propia baba de escepticismo,
(la cirrosis, el cáncer de la próstata o la pielonefritis son,
en realidad, una simple decepción de uno mismo)

La noche que McCarthy murió,
el otoño se paseaba en las calles
con su abrigo de visón,
forrado en sedas imperiales,
como gigante iracundo recién salido
de los teatrillos pornográficos,
donde la araña-león, con sus bragas rayadas,
realizaba cacerías fantásticas de moscas:
la cellizca era una espada desnuda
— vengativa y rencorosa —
en las manos del viento
quemando con sus campanas de frío
el rostro de los transeúntes;
sin duda, el inicio de una buena temporada.

El soldado del pueblo y su esperanza

JORNADAS DE BOLÍVAR

*¡Estupro adúltero del monroísmo
termine ya, generación de enanos
cojos de pies y mancos de ambas manos!*
Salomón de la Selva
Oda a Bolívar

PRIMERA SERIE

1

EL SOL es un pájaro dócil
en la empuñadura galante de su fúlgida espada:
un temblor en el nido de oro de sus gavilanes
ilumina la acera gentil de la calle.

2

La corona de América tiene cinco diamantes
que eternizan su luz en los Andes.

3

Boyacá es una sílaba grave
y Carabobo se lleva la palma.
Una hoja de cobre es tan sólo la diezmillonésima parte
del granero imperial del otoño.

4

En Jamaica el amor tiene un dejo agrídulce,
dos palomas de junio llevan en el pico
el papel de una Carta. En Colombia la luz es de mármol,
y en Bolivia de ámbar.

5
Hay un año terrible que no cumplió años.

6
Porque en Santa Marta el carro del sol
se detuvo un instante,
apenas, el eterno latir de un instante.

SEGUNDA SERIE

1
¡Padre Bolívar!,
te esperan todavía los llaneros
de José Antonio Páez en la oscurana de Vargas.
El oficial inglés Jaime Rook que vio caer su brazo
en los Llanos, te espera, para gritar con su hilo
de sangre: ¡Viva la Patria!

2
¡Padre Bolívar!
En Cartagena de Indias son de oro los negros
y de marfil los bosques de caoba y vainilla.

3
¡Padre Bolívar!
El laurel de tu frente está tejido
con cintas victoriosas de Pichincha
y con 14 espadas españolas de Ayacucho.

4
¡Padre Bolívar!
En Panamá soñaste un sueño de maderas preciosas.

5
¡Padre Bolívar!
Tu figura cabalga en las orillas del Océano Atlántico
como un centauro que vigila la dignidad de América.

6
¡Padre Bolívar!
Aguardan tu regreso las naciones esclavas,
y tiemblan los tiranos al escuchar tu nombre
que resuena en el mar como un vuelo de ánades.

TERCERA SERIE

1
Bolívar, te brotan, como al sol,
rayos por todas partes, tu guerra está
comprometida en luz desde los Andes
hasta la boca azul del Orinoco.

2
Atlético Campeón de libertades,
agricultor de pueblos, sembrador de ciudades.

3
Se salvó del naufragio la peineta de oro
y el aderezo de corales donde estaba grabado:
¡Viva Bolívar!, conquistador anónimo del alma,
paladín de ambos mares.

4
Recordemos la frase de Bolívar
frente al cruel terremoto de Caracas:
«Si la naturaleza se opone a nuestra causa,

lucharemos con ella (en contra de ella)»,
es una frase en estatura de hombre,
del tamaño de un hombre en amenaza.

5

Martí habló de Bolívar:
se estaban saludando las montañas.

6

Hay una día en que el héroe decide
reclinarse en el silencio,
y es entonces el laurel una cama,
y es una isla el viento,
y es el mar una sábana.

LA LIBERTADORA MANUELITA SÁENZ

EN LA CIUDAD que albergó en su recinto
a los conquistadores españoles, nació Manuelita Sáenz.
El Ecuador es una cifra de oro
para las mineralogías de Quito.
Sebastián Benalcázar fundó la dinastía
del coraje y del sol sobre la punta de su espada.

Los indios hacían la ruta del Perú
hasta los Andes en el lomo sedoso de las llamas,
que eran transporte y alimento y, a veces,
—en la locura del calor que humedecía
de urgencias el camino— mujer para sus ansias.

El siglo XIX fue un siglo declamatorio y retórico,
grandilocuente como una estatua a caballo:
levantada estructura del galope que se detiene
en el aéreo temblor de una gaviota.
Esto explica a la negra Jonatás y a Dulce Nombre
que fueron fieles hasta la muerte, y la mandolina
en que tocaba canciones libertarias, como una nueva
Helena de Troya, esperando al priamida.

En Lima le pusieron *Manuelita la Bella*,
sufrió el asedio de aquel gobernador, giraba entonces
en el vals un vino de violencias, y en sus ojos verdes
se volcaba la copa tierna de los valles.
Tal vez fuera tan bella como la esposa de Monroe
(que habla francés, y canta)
cuando la gota de un diamante
le abría en dos el escote y el mar se refrescaba
su seno en la garganta.

«Yo no soy como todos los demás» le dijo un día
como Orfeo, Bolívar, pulsando su lira de encantador
de pueblos, y esto fue suficiente para que Manuelita
evocara todas las incidencias de su vida:
era hija de un capitán (la ignominia dialéctica)
español y realista: de un tal Simón Vergara
y una criolla hermosísima.

Hija de una pasión oculta,
cuando los hombres se acercaban a besarle la mano

o cuando las mujeres despleaban
el secreter de su abanico,
ella sentía que le estaban diciendo por lo bajo:
— Mal maridada, mal nacida... ¡Hija de puta!
Hija de puta como de sus propios méritos,
por eso huyó de los brazos del doctor Thorne
(como del mármol frío de algún banco de Londres)
a refugiarse en el pecho de su amante.

Por eso usaba el corsé ciudadano.
Defendió con las armas (es decir, con las uñas)
el tálamo nupcial,
y tuvo alternativamente las caderas macizas
de Bernardina Ibáñez y de Anita Lenoit;
las mieles de la dominicana Luisa Crober
y las manos sutiles, como luvas de pluma,
de la hermosa que le bordara la casaca
al héroe de Junín. (Cuando decía: *el héroe de Junín*,
recordaba el poema que un día junto al mar,
— reumática ya — le recitara al noble aventurero
Garibaldi)

La boca de Isabel y las piernas de Josefina
Madrid, la perla de Balbina y la isla de escándalo
de la señorita Pepa, frente al gracioso malabarismo
de la señora Bretón, o la azucarada taza de té
de la linda Madroño; todo era soportable,
menos el hijo poderoso de Joaquinita Costas.

Por ella se encendieron en disputas los héroes.
Un héroe de Bolívar mató a un embajador
(Manuelita vestía un traje carro de oro
sobre fondo de grana, y en el florón del pelo
dos peinetas de nácar con la inscripción de sangre:
¡Viva el Libertador!)

DECLARACIÓN DE LA ÚLTIMA NOCHE

En Bogotá, la entristecida Bogotá,
hizo un nido de arte
con porcelanas de Sajonia
y platos cincelados.
(La celeberrima vajilla de 700 piezas
que usaba en las comidas del Estado Mayor)
Conspiraban los negros,
y por encima de las tapias de Pilatos
se arrojaba a los suicidas.
La lámpara de aceite
se consumía como un agonizante.

Con Manuelita estaban:
un curandero que ejercía la medicina clandestina,
un fraile apóstata,
un *sans culotte* de Marsella
y sobre el cristal del cielo
todo el humo del alma:
Bolívar saltó desde los blancos brazos de Manuelita
hacia la tibia noche americana.

ESPAÑA

*mas con la lengua muerta y fría en la boca
pienso mover la voz*
Garcilaso de la Vega

VALLEJO, NERUDA, Juan Gonzalo,
Simone Tery, Upton Sinclair,
Miguel Hernández, Pedro Garfias
y muchos otros están agonizando
sobre el cáliz de agua,
sobre el arbusto en llamas
y sobre las piedras que filtran
—en sangre— toda la luz de España.

¡España es una casa iluminada!

Ahí nace la aurora siempre azul de los disparos
y el hemisferio roto de las balas.

Enlutaron el trigo
los asesinos de Lorca y de Granada,
quemaron la voz nupcial de los naranjos
y pintaron de miedo la Giralda.

Los dinamiteros de cielos y de pájaros
hacen llorar la luz sobre el laurel cortado.

¡Qué de siembra de hueso!
¡Qué de revuelto pelo!
¡Qué de niños, qué de niños!
(de ternuras *sonriyendo*)
fusilados de pronto en el regazo.

Un dictador de rosas y de bestias
que tortura el perfume,
hace saltar los ojos de la dicha
hasta la blanca página del llanto.

*Miré los muros de la patria mía
si un tiempo fuertes, ya desmoronados*
Francisco de Quevedo

En 1934, se habían escrito ya palabras
como higueras ardiendo,
y el sol era una inmensa batahola de lágrimas
y el corazón resuelto
estaba ya anegado en penas y guijarros.

¡Ay, si pudiera el poema resucitar a España!
¡Si pudiera España resucitar en el poema!

Desde acá de la furia
los hombres estamos esperando
una primavera de cintura en acecho,
un otoño armado de distancias,
un verano de bayas con su pulpa caliente,
para ir a conquistar la tumba
donde sueñan alerces las madres y las viudas,
los hermanos y hermanas
y los hijos sacrificados en cruz
el Domingo de Ramos en anticipo de metralla.
El tigre zarpará de la cereza
que llevamos mordida entre los dientes